

Cuentos de niños y niñas para niñas y niños

Cuentos ganadores del 12° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda

Consejeras y consejeros electorales: Myriam Alarcón Reyes
Carolina del Ángel Cruz
Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Mauricio Huesca Rodríguez
Bernardo Valle Monroy
Gabriela Williams Salazar

Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López, propietario
Alberto Efraín García Corona, suplente

Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez, propietario
Víctor Manuel Camarena Meixueiro, suplente

Partido de la Revolución Democrática: Roberto López Suárez, propietario
José Antonio Alemán García, suplente

Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Benjamín Jiménez Melo, suplente

Partido Verde Ecologista de México: Yuri Pavón Romero, propietario
Zuly Fera Valencia, suplente

Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Hugo Mauricio Calderón Arriaga, suplente

Nueva Alianza: Lorena Morales Sandoval, propietaria
Ramón Alfredo Sánchez Zepeda, suplente

Morena: José Agustín Ortiz Pinchetti, propietario
Juan Romero Tenorio, suplente

Encuentro Social: Inocencio Juvencio Hernández Hernández, propietario
Guadalupe Campos Jordán, suplente

Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios del Congreso de la Ciudad de México

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López
Jorge Triana Tena

Partido Revolucionario Institucional: Armando Tonatiah González Case

Partido de la Revolución Democrática: Valentín Maldonado Salgado

Partido del Trabajo: Circe Camacho Bastida

Partido Verde Ecologista de México: Teresa Ramos Arreola
Alessandra Rojo de la Vega Piccolo

Morena: Donají Ofelia Olivera Reyes





Cuentos de niños y niñas para niñas y niños

Cuentos ganadores del 12° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



CIUDAD DE MÉXICO • 2018



DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA
Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Autores

Miguel Ángel Fuentes Ventura, Frida Sofía Plácido Godínez, Víctor Manuel Tenorio Monroy, Circe Samantha Ortiz Gómez, Sophia Quetzalli Palomares Jardón, Sara Marcela García Del Olmo, María Aide Aguilar Anzures, Isabella Montúfar Godínez y Andrea Romero Loyo.

Jurado calificador

Coordinadoras: Roxanna Erdman, Gabriela Vanessa Damián Miravete y María del Mar Argüelles San Millán
Integrantes del jurado: Adriana Ruiz Velasco, Alan David Gutiérrez Aguirre, Cristina Hid Arida, Daniela Herrera Pelayo, Gisela Santibáñez Calderón, Isabel Poitevin Chacón, Larissa Moncayo González, Mireya Martínez Tamayo, Octavio Laborie Arriola y Sarah Gajón Anaya

Edición

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, jefe del Departamento de Diseño y Edición
Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora
Corrección de estilo: Fabián Augusto Torres Macías, supervisor de grupo "B"
Ilustración: Salvador Rojo Flores

Primera edición, noviembre de 2017

ISBN: 978-607-8605-11-8

D.R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, Tlalpan,
14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores(as).
Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

Primera categoría

(De 9 a 11 años)

Los derechos, que se volvieron gigantes 7

Miguel Ángel Fuentes Ventura

De la imaginación 19

Frida Sofía Plácido Godínez

Los robots atacan 29

Víctor Manuel Tenorio Monroy

Menciones honoríficas

Janiri, una voz rarámuri y los derechos de los niños 39

Circe Samantha Ortiz Gómez

La Casa de los Unicornios. 45

Sophia Quetzalli Palomares Jardón

De camino a la reunión 49

Sara Marcela García Del Olmo

Un día diferente. 55

María Aide Aguilar Anzures

Sobreviviendo a una junta de DERECHOS 61

Isabella Montúfar Godínez

A mi sí me respetan pero... ¿Porque a algunos niños no? 67

Andrea Romero Loyo



Primera categoría

Primer lugar

Los derechos, que se volvieron gigantes

Miguel Ángel Fuentes Ventura





Había una vez una gran ciudad, donde había un presidente que era mentiroso y regañón; también era aburrido porque había perdido la alegría y todo le parecía que era triste. Un día estaba pensando

—Ay, qué aburrido estoy. ¿Qué haré?, ¿qué haré? Ah, ya sé.

Y entonces convocó a todos los alcaldes y alcaldesas, que también gobernaban en su ciudad, sacó su celular y los fue llamando a cada uno por teléfono.

—Alcaldes y alcadesas, ¿pueden venir, por favor? Es que ahora me duele una muela que tengo picada de tantas caries.

Pero ésta era otra de las mentiras del presidente, porque la verdad era que estaba aburrido. Y como también había perdido su alegría y estaba triste, sólo quería reunir a sus alcaldes y alcaldesas para ver si ellos le quitaban todos esos males y, cuando llegó el día de esa reunión, les dijo:

—Señores alcaldes y alcaldesas: les tengo que este dolor de muela ya no lo aguantó, que me duele mucho. Tengo que irme y dejarlos a todos ustedes para que gobiernen toda esta ciudad.

Un alcalde respondió:

—Pero, señor presidente, ¿cómo va usted a dejarnos esa gran tarea, si es tan difícil?

Otra alcaldesa respondió:

—Sí, es una difícil tarea.

Y el señor presidente también dijo:

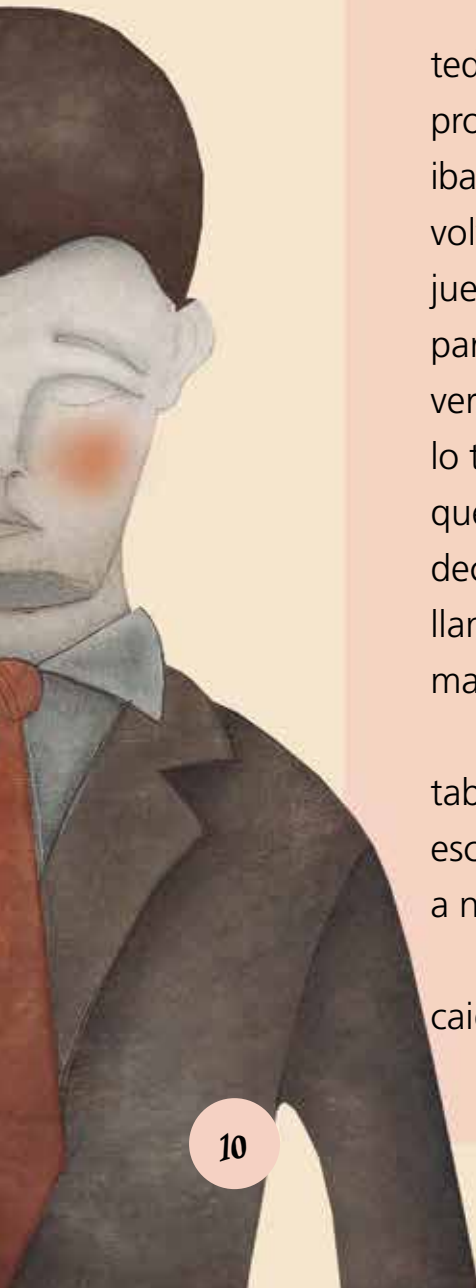
—Pues por eso los llamé: porque sé que es muy difícil gobernar esta gran ciudad y a toda su gente, que sólo se queja y se queja y no hace nada. Ya hasta me duelen todos mis dientes y todas mis muelas, porque siempre tengo que escuchar sus quejas.

Otra alcaldesa dijo:

—Ay, pero, señor presidente, es que usted es muy malo con ellos; además, usted les prometió que en su gobierno toda la ciudad iba a mejorar. Hasta les dijo que la ciudad se volvería alegre, con muchas fiestas, ferias, juegos y parques para todas las familias y para todos los niños. Y nada de eso ha sido verdad. Perdóneme que se lo diga, pero se lo tengo que decir por su bien; porque aunque parezca como su mamá, le tengo que decir estas cosas. Y no es regaño, sólo es llamarle la atención para que cambie su forma de gobernar.

Pero el señor presidente, que sólo estaba triste y ya no quería gobernar, ya no escuchaba nada y tampoco ponía atención a nada de lo que dijeran. Tan sólo contestó:

—Me tengo que ir antes de que se me caigan todos los dientes y me quede chi-



muelo. Ahí les dejo que todos ustedes gobiernen esta ciudad y a toda esta gente que vive aquí. Adiós, adiós, adiós; ahí se quedan con cara de arroz.

Y entonces se fue y los dejó a todos sentados en esa mesa de su oficina. Todos estaban como asustados, pues no sabían tampoco qué hacer; además, también estaban asombrados por la decisión del presidente. No se esperaban que se fuera de su gobierno así, con otra de sus mentiras, porque cuando lograba sonreír no se le veía ninguna caries y ningún diente picado. Bueno entonces todos los alcaldes y alcaldesas tuvieron que planear cómo gobernar y primero no tenían ninguna idea: todos nada más se veían entre sí, con caras de extrañeza. Hasta que a uno de ellos se le prendió la cabeza y dijo:

—Ah, ya sé. Convoquemos a toda la gente, para que nos diga qué tenemos que hacer.

Otro alcalde dijo:

—Ésa no me parece tan buena idea; porque la mayoría de la gente está enojada porque el presidente les ha dicho pequeñas, medianas, grandes y gigantes mentiras.

Entonces todos se pararon y caminaron por todo el espacio, tocándose la cabeza para que tuvieran una idea y sólo decían:



—¿Qué haremos?, ¿qué haremos?, ¿qué haremos?

Hasta que por fin se le prendió la cabeza a otro con una idea brillante:

—Ya sé. Tengo una gran idea.

—¿Cuál? —le contestaron todos.

—¿Por qué no invitamos a todos los niños de esta ciudad para que ellos nos digan cómo tenemos que gobernar y también nos digan que tenemos qué hacer?

—¡Qué brillante idea! —respondieron todos.

Entonces, ese día convocaron a todos los niños y todos llegaron a esa ciudad, y les dijeron sus ideas. Unos niños dijeron que regalaran *tablets* y celulares a todas las escuelas para que esta ciudad se volviera una ciudad de tecnología; otros dijeron que dieran regalos, como juguetes y comida a todos; que jugaran siempre con sus papas y mamás. Y en eso, un niño que se llama Miguel y que le gusta que le digan Miky levantó su mano y dijo:

—Yo escribí una propuesta. Me gustaría leerla en voz alta para todos ustedes y también para que la escuchen todos estos niños que están presentes en esta reunión.

Todos se quedaron viendo al niño y aunque él se había puesto muy rojo de pena



porque todos se le quedaron viendo, con valor empezó a hablar, porque su mamá y su papá siempre le decían que tenía que expresar lo que pensaba y lo que sintiera. Entonces comenzó a decir:

—Mi propuesta es sobre los derechos de todos, hasta de los perritos y gatitos.

1. Me gustaría que primero nuestras mamás y papas no trabajen todo el día, para que no lleguen cansados y para que tengan ganas de jugar. Porque los niños tenemos derecho a convivir y jugar en familia. Es muy buena idea que nos den *tablets* y celulares en las escuelas, pero a la vez no me gustaría mucho, porque qué tal si me vuelvo como mi mamá, que sólo le hace más caso a su celular que a mí y que a mis hermanos.
2. También, que cuando nos duela una muela, como a nuestro presidente, nos lleven al dentista. Pero sería mejor que desde chiquitos y en todas las escuelas pusieran doctores de dientes y de todos los dolores que nos den, porque todos los niños tenemos derecho a la salud.
3. También me gustaría mucho que todos los niños tengamos una casa; que ya no vivan niños, ni personas grandes, ni perritos, ni gatitos en la calle.





4. Me gustaría que hicieran pistas de patinaje, de bicicletas, avalanchas y hasta pista de carritos; canchas de futbol, de carreras y juegos deportivos para que hagamos deportes y estemos sanos y felices.
5. Que pongan más comedores con sopita calientita, con chilito, carne y muy poquitas verduras para comer sano, porque tenemos derecho a la alimentación.
6. Que dentro de nuestras escuelas hagan excursiones a otros pueblos, con precios baratos para que los niños de esta ciudad conozcamos y juguemos con otros niños de otros lugares.
7. También, que todos seamos iguales y que no se nos discrimine porque seamos más bajitos, gorditos, flacos o grandes. Que no se discriminen a los perritos y gatitos que viven en la calle abandonados y tampoco a los niños y a las personas que viven en la calle.
8. Que nuestros papás siempre nos manden a las escuelas. Y aunque a mí me da mucho sueño en las mañanas y abro primero un ojo y luego otro, y luego me estiro todito, pero ya por fin me levanto. Porque todos los niños tenemos derecho de ir a la escuela y tener una educación.
9. Tenemos derecho a ser respetados y ser escuchados, porque aunque somos niños te-

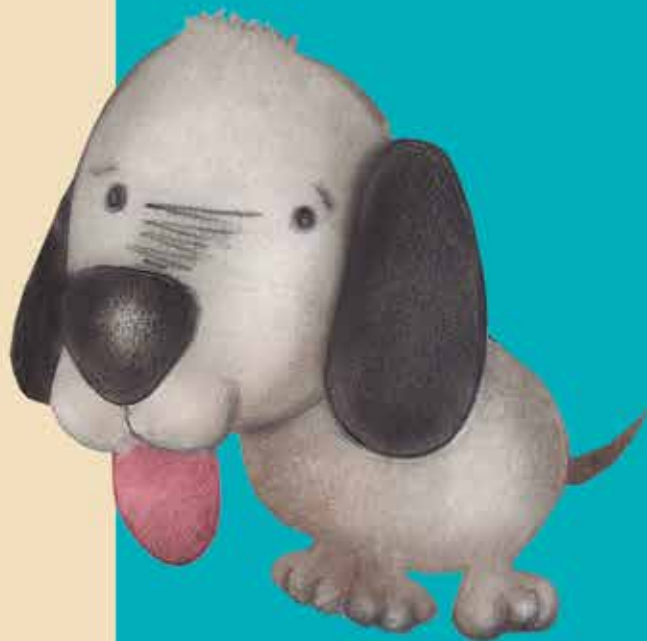
nemos ideas y propuestas como las personas grandes.

10. Que aunque nuestros papás se divorcien o vivan separados, nunca nos dejen de amar, nunca nos dejen de escuchar, nunca dejen de jugar y divertirse con nosotros, porque tenemos derecho a crecer felices.

—Y bueno, señores alcaldes y alcaldesas, éstas son mis propuestas, que escribí en mi cuaderno. Se las doy para que gobiernen pensando en todos nosotros.

Y entonces, todos los demás niños también dijeron que era muy buena idea poner los derechos de los niños y de todos para que fuéramos felices en esta ciudad y que no hiciera trampa nadie.

Entonces, todos los alcaldes se empezaron a transformar en niños y empezaron a jugar piedra, papel o tijeras, y se volvieron buenos y no mentían como el señor presidente, y también escucharon todas las propuestas de Miky y de todos los niños de esta ciudad. Y jugaron con pelotas de fútbol. Todo era alegría en este gobierno, nadie se peleaba y, si se enojaban, luego se volvían a hablar. Y de pronto una de las alcaldesas se dio cuenta que a pesar de que eran adultos eran como niños y dijo:



—Oigan, ¿ya vieron que esta ciudad ya tienen más alegría, ya no estamos enojados, ya jugamos más y ya no se nos hace tan tarde?

Y entonces todos dijeron si es verdad. Y colorín colorado, el cuento de los derechos ha terminado.

Fin



Lagarto

srle

32.2°

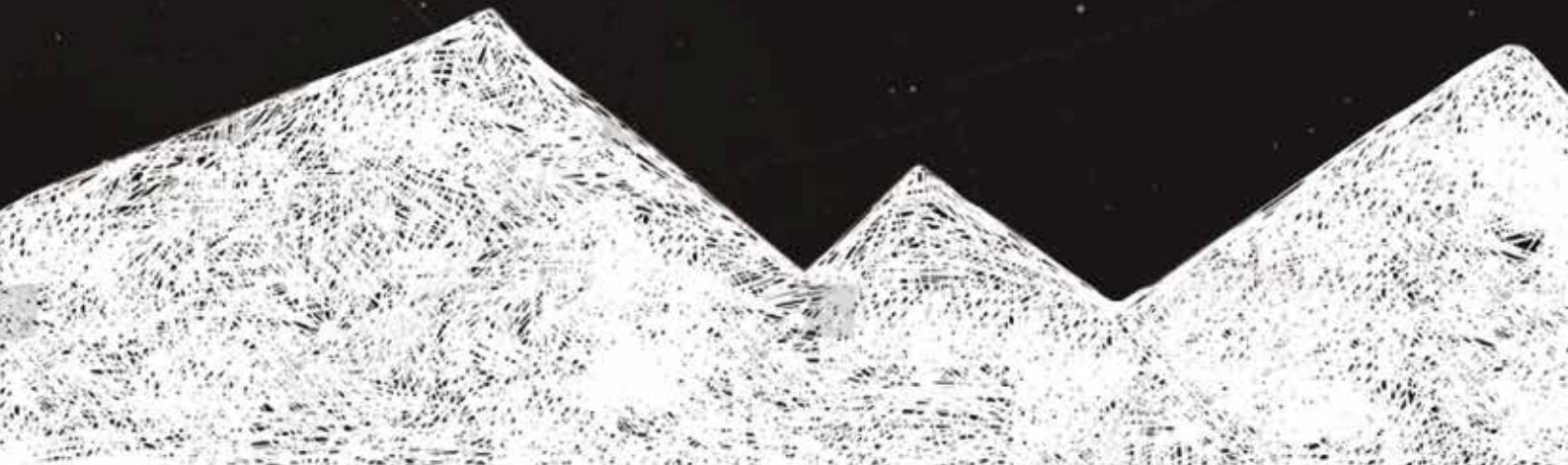


Primera categoría
Segundo lugar

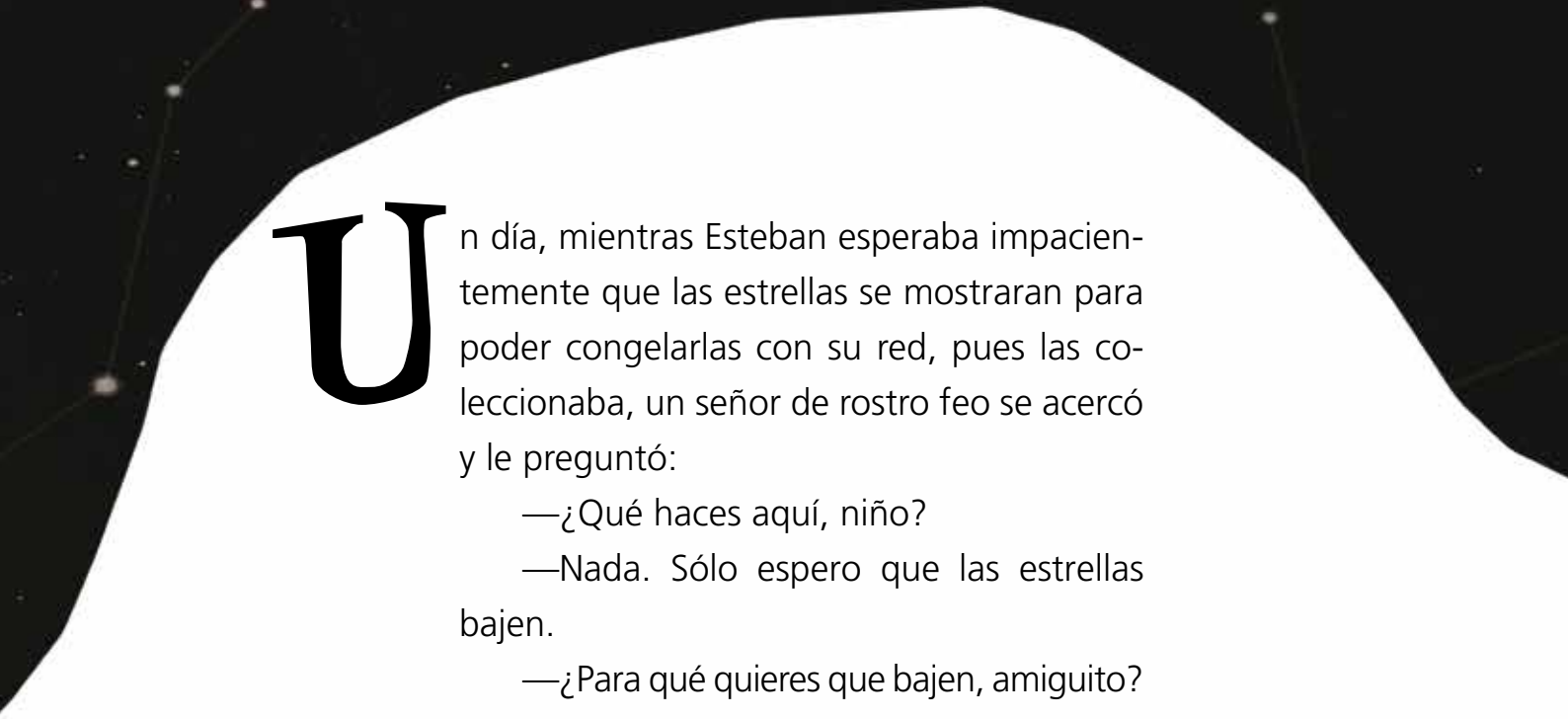
De la imaginación

Frida Sofía Plácido Godínez

Lira







Un día, mientras Esteban esperaba impacientemente que las estrellas se mostraran para poder congelarlas con su red, pues las coleccionaba, un señor de rostro feo se acercó y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, niño?

—Nada. Sólo espero que las estrellas bajen.

—¿Para qué quieres que bajen, amiguito?

—Pues las estrellas son como susurros cuando prenden y se apagan. Traen diferentes mensajes; por ejemplo, hay estrellas que traen recuerdos, otras que cuentan historias, y otras que dicen que ya están muertas.

—Tonterías, niño. Las estrellas sólo están allá arriba y sirven para alumbrar la noche-

—Se equivoca, señor, pero...

—Nada, nada, niño. Deja de hacer eso y ponte a hacer tu tarea. Necesitamos niños inteligentes para que sean buenos ciudadanos. De hecho, yo soy alcalde aquí, en la ciudad, y me reuniré mañana con el resto de los alcaldes para hablar de los problemas que tienen los niños en la ciudad. ¿Te gustaría acompañarme?

—La verdad no, señor. Pero quisiera decirle las cosas que necesitamos.



—Anda, vamos.

—Está bien.

—Te veo aquí a las diez de la mañana.

Al día siguiente, el señor llegó puntual al sitio donde había quedado con el niño. Sin embargo, el niño no estaba. El señor pensó que no llegaría —Claro, qué tonto pensar que vendría —dijo el señor alcalde. Cuando estaba diciendo esto, se vio a lo lejos que el niño venía corriendo con algo en las manos.

—Discúlpeme por llegar tarde, señor, pero olvidé mi frasco y regresé por él.

—No te preocupes —dijo el señor

Esteban, que tenía un frasco vacío entre las manos, hizo como que abría el frasco y sacó algo, le estiró la mano vacía al alcalde.

—Tome, señor, una estrella. La recogí ayer después de que platicamos.

—Pero aquí no hay nada. No me diste nada. ¿Estás loco?

—Ja, ja, ja, ja, ja... Adultos...

Al fin entraron a ese edificio grandotote. Recorrieron mucho camino para entrar a un espacio enorme, donde estaban varios señores iguales a ése a quien Esteban acompañaba: peinado relamido, de corbata y traje oscuro. Todos voltearon cuando los escucharon entrar, miraron de

forma rara al niño —Buenas tardes —dijo el niño con voz nerviosa. Nadie le puso atención. Parecía que era invisible, pues sólo lo miraron sin decirle nada.

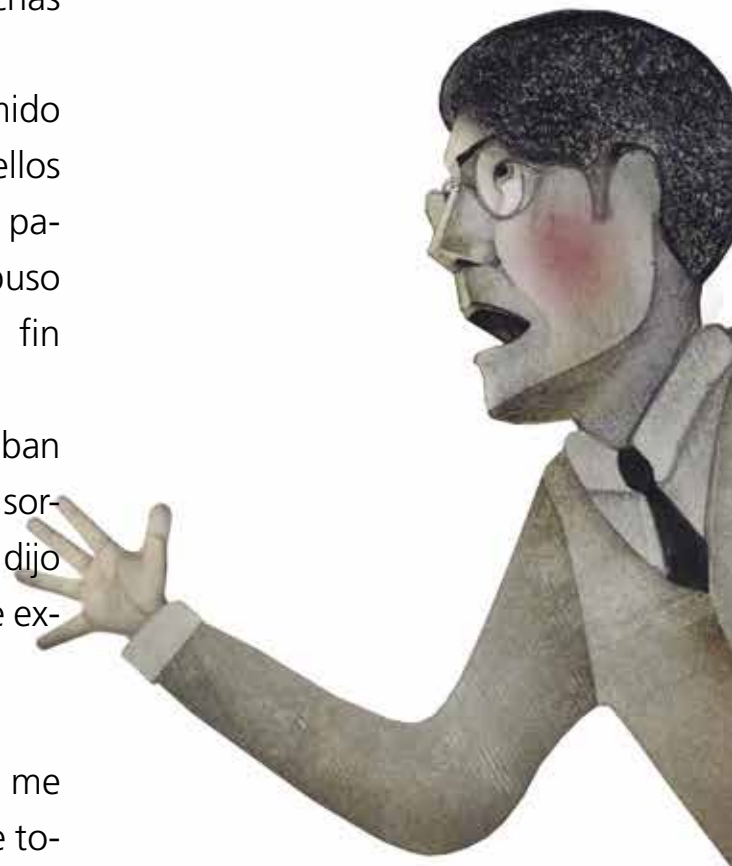
De pronto, el señor más gordo se paró —Buenas tardes, señores alcaldes. En este momento comenzaremos con las propuestas para elaborar los programas que haremos el siguiente año, donde pondremos de manifiesto las actividades que los niños podrán realizar, tanto en su vida académica como en la vida cotidiana. Es importante tener en cuenta los derechos y obligaciones de los niños en la implementación de dichas formas.

Esteban no tardó en quedarse dormido por lo aburrido de las palabras de aquellos señores. Despertó y aún seguían con sus palabras aburridas. Se talló los ojos, se puso de pie y buscó algo en su mochila. Al fin encontró lo que buscaba: un trompo.

Se acercó hasta la mesa donde estaban los alcaldes, y subió a la mesa. Todos se sorprendieron cuando lo vieron ahí. Alguien dijo —¿De qué se trata esto? Que alguien me explique.

—Que lo saquen —dijo alguien más.

—Un momento, sólo les pido que me escuchen un poco. Traigo un mensaje de to-





dos mis amigos. Espero que le hagan caso porque esto es importante para nosotros.

Enrolló su trompo rápidamente y lo lanzó de manera fuerte. El trompo giró y giró y giro y giro... El niño contemplaba con una sonrisa el giro del trompo —Escuchen bien las voces del trompo, esas voces son de mis amigos —le dijo al alcalde que los invitó. Él sólo sonrió pensando que Esteban tal vez, estaba loco, pues ni él ni nadie escuchaba alguna voz.

Al fin el trompo había dejado de girar —Ése es el mensaje de mis amigos —dijo el niño. Todos comenzaron a reír, pues no habían escuchado nada más que el ruido que hacía el trompo cuando giraba. Esteban, al ver que de verdad nadie había escuchado lo que el trompo dijo, comenzó a decir:

—Déjenme contarles esta historia. En el pueblo de mis papas existe la creencia de que las cosas tienen vida y pueden llevar mensajes. Así, ayer que vi a ese señor y me invitó a esta reunión, se me ocurrió ir con mis amigos a contarles lo que había sucedido. Ellos al saber que yo iba a venir aquí decidieron hablarle al trompo y de esa manera traerles su mensaje. Pero a ustedes no les ha dicho nada el trompo o mejor dicho no lo escucharon. Porque yo lo oí clarito.

Por eso voy a contarles lo que mis amigos dijeron.

—Juan le dijo: díles que yo soy un león y quiero poder comer; Claudia dijo: díles que soy una hiena y siempre quiero reír; Pepe dijo: díles que soy un perro y que quiero un amo cariñoso; Pedro dijo: díles que soy un gato y quiero que me dejen en paz; Susana dijo: díles que soy un águila y quiero volar.

—Todos ustedes hablan de que los niños tenemos derecho a tener una familia, a ser aceptado, a alimentarnos, a tener casa, a tener salud, a la educación, a no trabajar y muchas cosas más, pero lo que nosotros necesitamos es la imaginación, eso es lo que nos hará cambiar y mejorar el mundo. En este mundo donde hay videojuegos, caricaturas, videos, lo que menos provocan ustedes es la imaginación. Ya vieron que no pudieron escuchar la historia del trompo. Mis amigos no son animales, sólo son niños que imaginan ser animales.

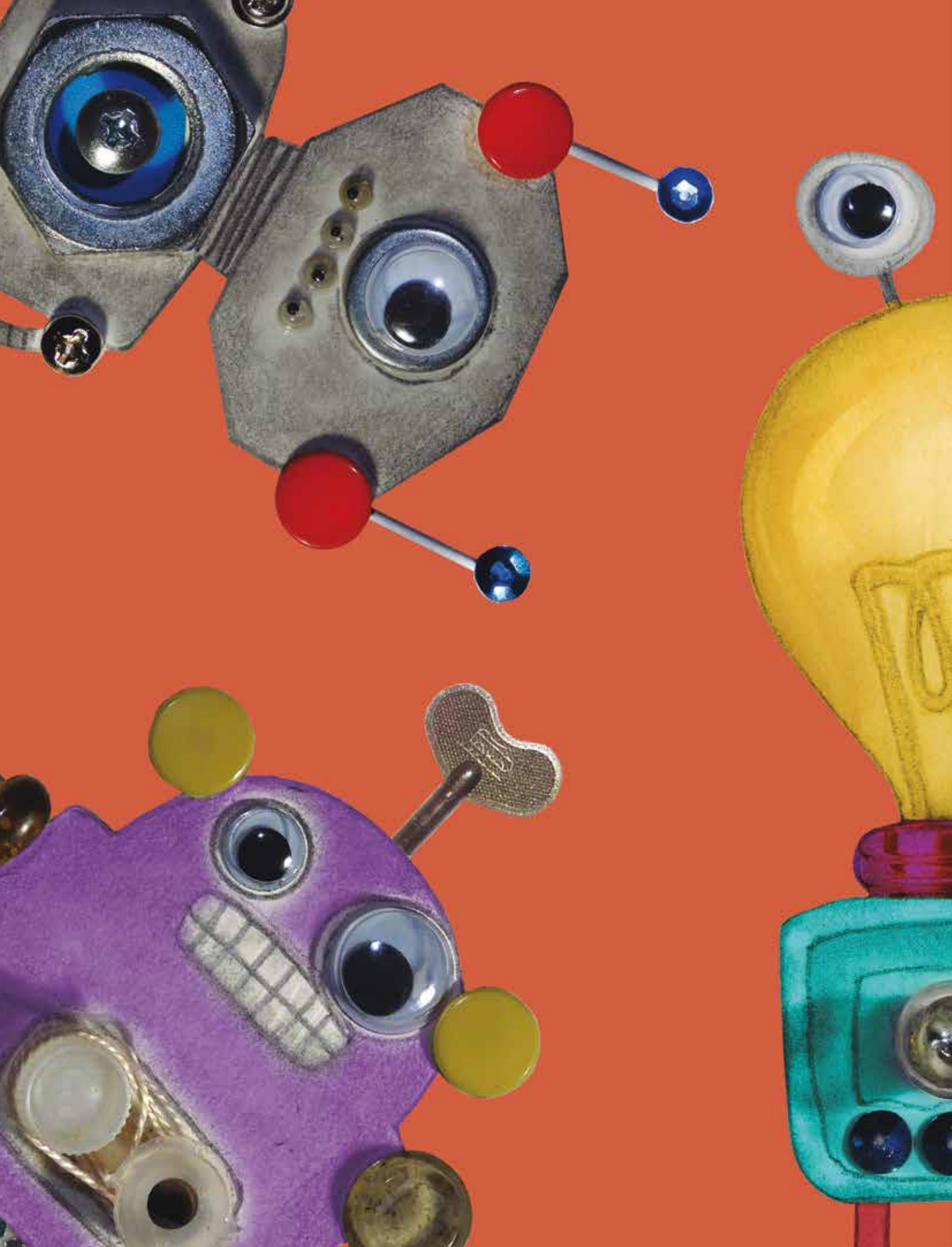
Esteban de pronto dejó de hablar. Se quedó mirando a todos y empezó a reír. —Lo que los niños queremos es ser felices, queremos amor —dijo al fin. En ese momento se bajó de la mesa y se retiró de la sala, pensando que todo debe de cambiar y mejorar tu vida niño y después el señor



le dijo que fueran al parque a ver las estrellas del cielo estelar. Ahí Esteban dijo que bonito brillan en el espacio estelar y pasó una tragedia: el niño se desvaneció. El alcalde se sorprendió de ver a Esteban caer, pero pronto se dio cuenta que Esteban no era un niño sólo era un niño que otro niño imaginaba, pero como ya había cumplido su misión por eso había desaparecido. El alcalde lo comprendió todo y quedó dispuesto a llevar a cabo lo que los niños necesitaban.



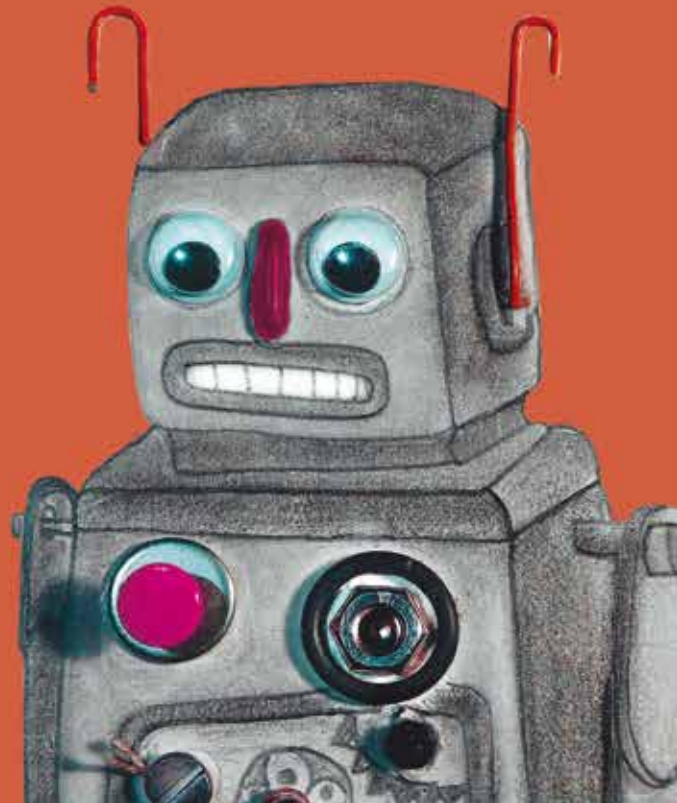
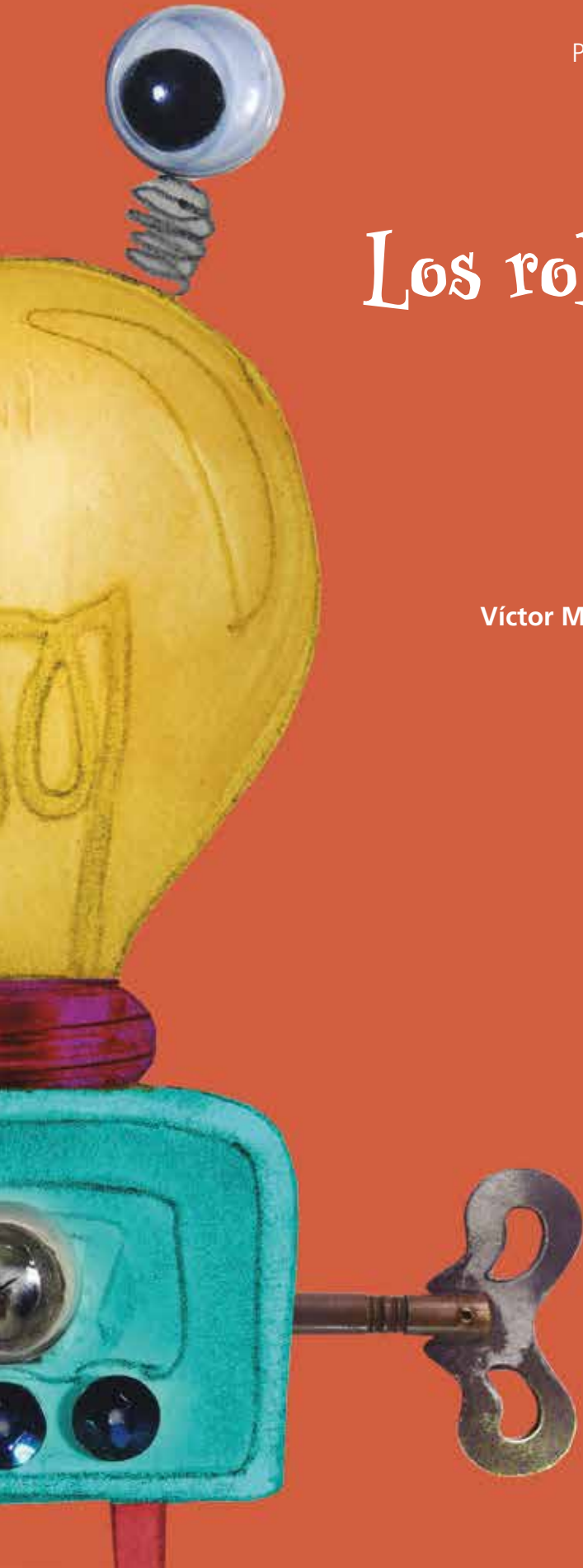




Primera categoría
Tercer lugar

Los robots atacan

Víctor Manuel Tenorio Monroy

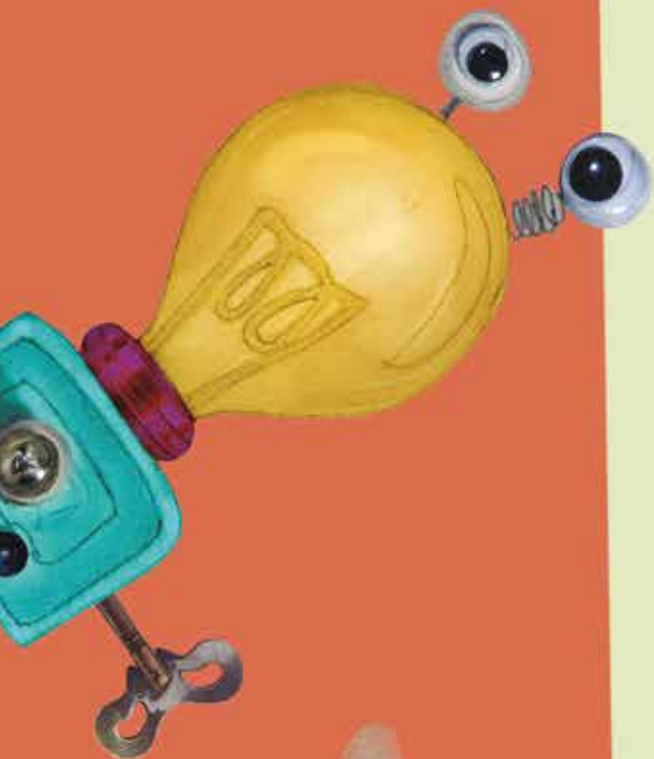




Había una vez un niño que se llamaba Klein, y ese niño siempre tenía tarea: iba a SaludArte, tenía clases de teatro, de danza y jugaba tochito, y cuando llegaba a su casa tenía que hacer mucha tarea. Un día, cuando llegó de SaludArte, su mamá le dijo que tenía una invitación. Corrió rápido a la mesa a ver qué era y era una invitación de SaludArte para ir a ver a los alcaldes y alcaldesas de la ciudad de México, que antes se llamaba Distrito Federal, pero ahora ya se llama Ciudad de México porque ya será un estado más.

Entonces, se durmió temprano porque al otro día se levantaría temprano para ir a la invitación.

Al día siguiente, se arregló muy bien y fue a una sala grande, grande, en donde estaban los alcaldes y las alcaldesas. No conocía a nadie y no sabía cómo saludarlos. Pero no iba solo, iba con él su perro Fabrizio. Entonces, un señor empezó a hablar por el micrófono, pero los alcaldes y las alcaldesas no respondían, sólo miraban fijamente y no parpadeaban. El señor del micrófono les preguntaba sobre los derechos de los niños y las niñas. Dijo que los niños y las niñas tenían derecho a la vida, a la supervivencia y al desarrollo, de prioridad, a la identidad, a



vivir en familia, la igualdad sustantiva, a no ser discriminado, a vivir en condiciones de bienestar y a un sano desarrollo integral, a una vida libre de violencia y a la integridad personal, a la protección de la salud y a la seguridad social, a la inclusión de niñas, niños y adolescentes con discapacidad, a la educación, al descanso y al esparcimiento, a la libertad de convicciones éticas, pensamiento, conciencia, religión y cultura, a la libertad de expresión y de acceso a la información, de participación, de asociación y reunión, a la intimidad, a la seguridad jurídica y al debido proceso, de niñas, niños y adolescentes migrantes, de acceso a las tecnologías de la información y comunicación, a los servicios de radiodifusión y telecomunicaciones, incluido el de banda ancha e Internet

Y ellos no respondían. Entonces Fabrizio, el perro de Klein, se dio cuenta de que algo estaba mal y empezó a ladrar fuerte, muy fuerte, para avisarle a su dueño. Y luego se echó a correr a donde estaban los alcaldes y las alcaldesas, y los olía, pero ellos no olían a humanos. ¡Eran robots!

Un científico malvado se había robado a los alcaldes y a las alcaldesas, y había puesto robots en la junta. Klein le quiso decir al se-

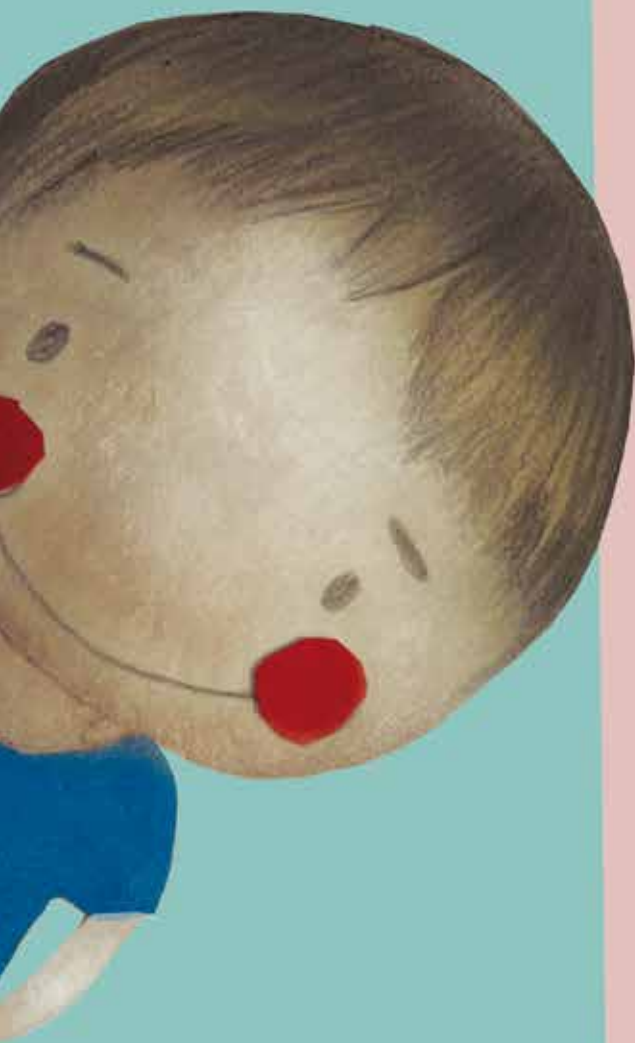
ñor del micrófono, pero éste no lo escuchaba. Klein gritó, pero el señor del micrófono le dijo que no hablara ahorita, que él estaba hablando, y que se fuera a sentar. Klein y el perro Fabrizio sabían que todo estaba mal y que los derechos de los niños iban a ser destruidos si los robots seguían en esa junta y no salvaban a los verdaderos alcaldes y alcaldesas.

Entonces, el perro Fabrizio tuvo la grandiosa idea de ir a rescatar a los alcaldes y a las alcaldesas del científico malvado, y empezó a correr rápido, muy rápido, y Klein iba detrás de él.

Llegaron a la guarida del científico malvado, pero era un lugar muy oscuro y tenebroso. Sin que nadie se diera cuenta, entraron muy despacito y, cuando llegaron al pasillo, vieron que había muchas figuras de arte como pinturas y esculturas y unas cabezas de animales. A Klein le dio miedo cuando vio esto, pero era valiente y siguió adelante. Después encontraron un pasillo de puertas y tenían que adivinar en qué puerta estaban los alcaldes y las alcaldesas, pero un humo empezó a llegar a la casa y cayeron al piso.

Cuando despertaron, estaban con los alcaldes y las alcaldesas de verdad. Todos es-





taban amarrados y tenían mucha hambre y sed, y también Klein y el perro Fabrizio estaban amarrados. Entonces, el perro Fabrizio empezó a morder su cuerda para que se rompiera y zafarse. Cuando lo logró, empezó a morder la cuerda de Klein para liberarlo a él también. Cuando los dos estaban libres, empezaron a desatar a los alcaldes y a las alcaldesas antes de que llegara el científico malvado y los descubriera. Cuando los libraron a todos, les dijeron que corrieran, pero no podían correr porque estaban muy débiles, y Klein y Fabrizio no podían cargarlos porque eran muy pesados. Así que buscaron un poco de comida: algunos panes y sopas para darles y que se recuperaran.

Klein estaba muy triste porque, a pesar de la comida, los alcaldes y las alcaldesas no se recuperaban. Empezaron a decirles que tenían que estar bien para defender los derechos de los niños, porque si ellos no iban a la junta, los derechos de los niños no iban a ser escuchados e iban a desaparecer, y entonces todos los niños iba a desaparecer también. Klein era un niño y no quería desaparecer ni que sus amigos desaparecieran. Al escuchar esto, los alcaldes y las alcaldesas empezaron a recuperar las fuerzas para salir de ese lugar, antes de que el cien-

tífico malvado los viera. Así que todos corrieron muy rápido detrás de Fabrizio y llegaron a la junta. Los robots, al ver a los verdaderos alcaldes y alcaldesas, se asustaron mucho y se empezaron a desintegrar, hasta que sólo quedaron en pedacitos tirados en el suelo.

Los alcaldes y las alcaldesas empezaron a hablar con el señor del micrófono de los derechos de los niños y las niñas, y después le dieron el micrófono a Klein para que hablara. Él dijo que tenían que cuidar mucho a los niños y las niñas para que no desaparecieran nunca.

Después, Fabrizio se llevó los cachitos de los robots y Klein los vendió al fierro viejo y se compraron unos helados.





Menciones honoríficas





Janiri, una voz rarámuri y los derechos de los niños

Circe Samantha Ortiz Gómez

“**K**uirabá rarámuri norawa”. “Hola, amigo, ¿qué tal, gente?”.

Buenos días, alcaldes y alcaldesas.

Mi nombre es Janiri y significa “estoy contenta”. Gracias por invitarme a hablar con ustedes en este congreso nacional. También agradezco a mi amiga Panchita, quien me ha permitido quedarme en su casa para poder venir a este congreso, ya que yo no vivo aquí, sino que vengo de la comunidad de Naráachi, en Chihuahua.

A mi amiga la conocí un día que mi familia y yo fuimos a las Barrancas del Cobre para vender algunas artesanías e instrumentos musicales que hacen mis papás. Ella se me acercó y me preguntó si quería jugar; yo la vi extrañada porque es una *chabochi*, es decir, una persona que no es tarahumara, o rarámuri; me prestó una de sus muñecas para jugar y yo le di la mía. Mis papás aceptaron porque los suyos estaban platicando con ellos sobre la forma en la que hacemos los instrumentos musicales; creo que les causó mucha curiosidad el violín cuchara de madera y el *chapareke*, un instrumento de cuerda prehispánico que está hecho de una parte del maguey.



Cuando nos despedimos, ella me pidió mi teléfono, pero yo le dije que en mi región no tenemos, así que pensó que podíamos estar en contacto a través de cartas. Yo en ese entonces no sabía escribir muy bien, pero, con tal de seguir en contacto con mi nueva amiga, he estudiado mucho en la escuela, sobre todo el español, porque no es mi primera lengua.

Quizás esto les parezca extraño, pero no les he dicho que soy rarámuri, que significa “corredores a pie” o “los hombres de los pies ligeros”, porque somos un grupo étnico de grandes corredores; atravesamos a gran velocidad enormes extensiones sin que nos venzan el terreno ni el clima. Pero debo aclarar que el resto del mundo nos ubica como *tarahumaras*.

Panchita y yo nos hemos hecho grandes amigas. Siempre que podemos, nos escribimos contándonos sobre cómo vivimos cada una de nosotras en nuestra comunidad. Claro que no es tan seguido como quisiéramos porque donde vivo no tenemos las facilidades para poder hacerlo, pero hemos aprendido cosas increíbles una de la otra. Ella dice que nuestras costumbres le parecen mágicas, eso me enorgullece. Ella también me cuenta cosas increíbles, aunque hay unas que no entiendo; como por ejemplo, cómo pueden vivir muchísimas personas en un lugar y que, para trasladarse a lugares cercanos, suelen usar sus coches en lugar de caminar, haciendo que se encuentren mucho tiempo detenidos en las calles, además de producir un ruido terrible.

También platicamos de la escuela, de lo que aprendemos; y vemos que hay cosas similares que nos enseñan, pero también diferencias. Pero eso sí,

hemos visto que, independientemente de dónde vivamos, de nuestras creencias, del color de piel, de si somos niño o niña o a qué etnia pertenezcamos, todos los niños tenemos derechos.

Aunque a nosotras nos parece que a veces esto no se cumple ¿Y por qué lo digo? Pues porque Panchita me ha preguntado a dónde voy a ir a la secundaria y yo le digo que en donde vivo solamente hay dos escuelas: una es el preescolar y la otra, la primaria. No hay más. De hecho, algunos niños tampoco van a la primaria o la dejan debido a que se van a trabajar al campo, así que el derecho a la educación no es algo que siempre se cumpla, y menos si eres niña. Ella me dice que también cree que tampoco en la Ciudad de México se cumple para todos, porque hay muchos niños que ha visto que viven en la calle; algunos no tienen papás; así que para poder comer deben pedir dinero en las esquinas.

Con estos comentarios, las dos hemos pensado que entonces tampoco se cumple el derecho a no trabajar para todos los niños y niñas, porque el que los manden a trabajar en lugar de estudiar, o que anden en las calles pidiendo limosna es porque ese derecho no se cuida adecuadamente. Y quizás hasta sean crueles con ellos; es decir, puede ser que no tengan una familia que los quiera y escuche; quizás no tengan una casa donde protegerse, ni la alimentación adecuada, ni que los lleven a un doctor si se enferman. Con respecto a esto, las dos pensamos que debemos estar muy agradecidas porque tenemos familias que nos quieren y protegen.

Aunque le he platicado a Panchita que lo que sí he vivido es discriminación por parte de otros niños y adultos. Por eso, cuando nos conocimos, me ale-





gré mucho de que nos hiciéramos amigas, porque ella no me trataba mal, como otros. Recuerdo que ella me preguntó por qué y le dije que a algunas personas no les gustamos los que pertenecemos a algún pueblo indígena, aunque también somos mexicanos, como ellos. Después de eso, me escribió y me dijo que les había platicado a sus papás y que ellos le comentaron que todos tenemos los mismos derechos y, si alguien no los cumple, hay lugares donde uno puede ir a quejarse: la Comisión Nacional de los Derechos Humanos; y si aquí a uno no le hacen caso, también puede pedir ayuda al Comité de Derechos del Niño de las Naciones Unidas, que es un grupo que ayuda a niños de todo el mundo.

Eso nos puso muy contentas. Y ahora que nos hemos podido ver nuevamente, hemos decidido que cuando lleguemos a ser grandes, nosotras vamos a ayudar a otros niños y niñas a que sus derechos se cumplan. Pero mientras, les pedimos que por favor ustedes también nos ayuden a que, mientras crecemos y estudiamos, apoyen a que todos los niños puedan ver que sus derechos se apliquen.

Les agradezco que me hayan escuchado y, cuando gusten, pueden ir a visitarnos a mis papás y a mí a Naráachi. Los recibiremos con mucho gusto.

Mi mamá seguro les preparará *tonári*, el cual es un caldo de carne con especies serranas, unos *chacales*, que son elotes tiernos guisados, o unos ricos tamalitos. Y si tienen mucha sed los adultos pueden beber *tesgüino*, bebida fermentada de maíz.

De hecho, Panchita y sus papás irán en las próximas vacaciones y probarán algunos de estos platillos tan ricos. Y les mostraré algunos de los juegos tradicionales de mi pueblo, como el *rarájipari* o

carrera de la bola, que es practicado por los hombres: se hacen dos equipos, que corren pateando una pequeña pelota de raíz de madera de encina, *komakali*; tratan de patearla lo más lejos posible, se corren hasta 200 kilómetros, tanto de día como de noche. Por otro lado está el *rowena*, que es jugado por nosotras las mujeres: con un palo, lanzamos dos pequeños aros entrelazados y corremos detrás de ellos. Menciono éstos porque son importantes para nosotros. Muestran la razón de nuestra existencia: correr. Finalmente, me despido. Solamente les pediría que no nos olviden, ni a los rarámuris, ni a los demás grupos indígenas. Yo solamente soy la voz de una niña que está conociendo el mundo junto con mi amiga y que desea que todos tengamos los mismos derechos para poder crecer sanos y felices, permitiéndonos ser adultos que ayuden a tener un México y un mundo mejor.

Gracias – *Matétera-baJaniri*





La Casa de los Unicornios.

Sophia Quetzalli Palomares Jardón

Había una vez, en un mundo místico, sobre un lago hermoso, un castillo cubierto de diamantes y joyas preciosas. Yo era la reina y tenía una tiara rodeada de flores mágicas; estaba adornada con collares, pulseras, anillos y piedras preciosas de todo tipo; tenía un hermoso vestido y siempre estaba acompañada de pegazos, unicornios, duendecillos, hadas y muchos otros seres fantásticos. Uno de los duendecillos mensajeros me dio una carta urgente, en la que se me invitaba a participar en una importante reunión que se haría en la importante Ciudad de México. Me dijeron que muchos años atrás esa ciudad también había sido un lago muy bello y eso despertó mi curiosidad.

Investigué la manera de llegar al lugar que los humanos conocían como el Zócalo de la Ciudad de México. Cuando llegué a la reunión, me encontré con los 16 alcaldes y alcaldesas. Ellas eran ocho mujeres muy educadas e inteligentes; eran muy altas y todas llevaban un bonito chongo; estaban uniformadas con un saco y una falda, se veían muy bonitas todas vestidas igual. Los ocho alcaldes iban vestidos con trajes muy elegantes de color negro. Me explicaron que la reunión se trataba de proponer



más derechos para los niños y las niñas que vivían en esa ciudad, así que decidí participar para poder ayudarlos a hacer un mejor lugar para aquellos seres pequeños y creativos que ellos llaman niños.

La reunión duró mucho tiempo, empezó con la salida del sol y, cuando cayó la noche, la luna empezó a brillar intensamente. Tanto brillaba que logró iluminar todo el Zócalo, haciendo que todos los edificios alrededor parecieran hechos de plata. Uno de ellos, me dijeron, era el Palacio Nacional; otro era conocido como La Catedral. Todas las personas reunidas ahí estaban asombradas y veían con los ojos muy abiertos lo que estaba pasando. Fue entonces cuando les di la gran sorpresa que tenía preparada para ellos: les conté que la luz de la luna era un portal mágico para los cuatro seres mitológicos que yo había mandado, dos unicornios y dos pegazos, que también se habían enterado de la reunión y, queriendo ayudar a proponer otros derechos de los niños, acudieron para hacerlo entre todos, porque el trabajo en equipo siempre es más bonito.

Llegó mi carruaje, jalado por un pegaso y un unicornio; el otro pegaso iba montado por un hada y en mi otro amigo unicornio iba uno de mis duendecillos. Cada pegaso y cada unicornio traían consigo una botella de cristal fino, cortado y tallado por rocas vivientes, habitantes del lago donde había sido construido mi castillo; las botellas despedían chispas multicolores que se desvanecían e iluminaban todo el cielo, haciendo un momento tan mágico para los habitantes de ese mundo. Al llegar conmigo y darme el preciado tesoro que tenían, lo recibí y con mucho cuidado se lo entregué a los

alcaldes y a las alcaldesas. Cada una de las cuatro botellas tenía un pergamino en el que estaba escrito un derecho que le sería concedido a los niños de esa ciudad.

La primera botella tenía escrito en un pergamino dorado que ningún niño podía tener hambre. Así, quedó establecido que todos los niños debían tener alimentos para poder estar nutridos y tener energía para jugar y crear cosas divertidas y maravillosas.

La segunda botella tenía escrito en un pergamino esmeralda el derecho de educar a los niños jugando. De esa manera, siempre sería un momento para aprender.

La tercera botella tenía escrito en un pergamino morado el derecho de que todos los niños de la calle tendrían una casa y así poder vivir seguros y cómodos.

La última botella, que era la más importante, tenía escrito en un pergamino turquesa que todos los niños debían ser protegidos por el resto de los habitantes de la ciudad. Así tendrían todo el amor necesario para poder construir juntos un lugar que sería la casa de todos los que ahí vivían.

Fue tanto el éxito que tuvo la participación de todos los habitantes para cuidar a los niños y niñas, que la Ciudad se convirtió en un lugar tan bonito como mi mundo mágico, a las personas y a los niños les gustó tanto, que desde entonces, y gracias a la ayuda que habían dado los seres mágicos, la Ciudad de México se convirtió en *La casa de los unicornios*.





De camino a la reunión

Sara Marcela García Del Olmo

Son las 2:30 de la tarde y Jimena salió de la escuela arrastrando una pesada mochila, porque de nuevo le habían dejado mucha tarea. Su mamá la apuró porque ese día tenía que ir a una reunión con los alcaldes de la ciudad, por lo cual debía faltar a su actividad favorita: la clase de escultura en hielo.

El día de hoy, la profesora de Matemáticas se enojó muchísimo porque un niño llamado Rosendo se colgó de las vigas del edificio, desde donde se lanzó y aterrizó en una banca, que desde luego se rompió. Lo malo vino cuando la maestra decidió castigarlos a todos con el doble de tarea: 20 multiplicaciones y un proyecto para el día siguiente, sólo porque a Rosendo se le ocurrió romper una banca después de su triple salto de chango acróbata.

En casa, Jimena comió rápidamente lo que le preparó su mamá, incluyendo una gran porción de chayotes cocidos con crema, los cuales no le gustan, pero que se debería comer cuando su mamá le dijera "come todas tus verduras". Jimena sabe que su mamá le ayuda a ejercer su derecho a la sana alimentación, aunque esta vez ese derecho parece más un castigo.

Jimena hizo la tarea rápidamente, pensando en que no la iba a terminar toda y que tendría que acabarla al regresar de la reunión con los alcaldes. Frecuentemente le sucede eso, regresando de la clase de escultura en hielo todavía tenía que hacer tarea. Parece que hay demasiada tarea. La tarea es parte de la escuela y eso tiene que ver con su derecho a la educación, pero ejercer ese derecho no le deja tiempo para ejercer su derecho al esparcimiento y al descanso. Seguramente, si tuviese menos tarea podría entonces ejercer más derechos.

Jimena terminó lo que pudo de la tarea y salió apresuradamente con su mamá rumbo a la reunión con los alcaldes. Había muchísimo tráfico y avanzaban a vuelta de rueda; varias personas viajaban solas en sus autos, algunas iban alteradas y otras, más calmadas. Junto a ellas pasó un muchacho en su auto de color amarillo; no parecía poner mucha atención porque iba viendo su teléfono y no se daba cuenta de que el semáforo ya estaba en rojo. Por fortuna, alcanzó a frenar justo antes de chocar con una camioneta azul, en donde viajaba una señora que, en vez de ir viendo el camino, iba entretenida regañando a su hijo, quien tenía una cara de aburrimiento terrible.

Pasó un autobús repleto y se pasó el alto. Jimena pensó que el transporte público es muy malo y por eso mucha gente hace lo posible por tener un auto propio para poder llegar a tiempo. Parece que a esto tiene que ver con la movilidad. ¿Es la movilidad un derecho?, ¿es un derecho infantil? Pues debería serlo, porque se pierde mucho tiempo en trasladarse.



Junto al auto pasó un pequeño vendiendo chicles. Jimena pensó que ese niño definitivamente no puede ejercer muchos de sus derechos; seguramente sus padres no pueden ayudarlo para que lo haga. Jimena pensó: “¿qué será lo que están haciendo los alcaldes para ayudar a ese niño?”.

En el auto, el tráfico se volvía más pesado porque una gran grúa estaba entrando en una construcción. Alrededor había varias mantas y carteles con mensajes que denuncian que el edificio no debería de construirse ahí porque no tenía permisos. Jimena no sabía que se debía pedir permiso para hacer un edificio; si ella fuera alcaldesa, no daría permiso para un edificio; ella preferiría un parque. Después reflexionó en que entre tanta tarea y su clase de escultura en hielo casi no tiene tiempo para su segunda actividad favorita: acrobacias en bicicleta.

La ciudad tiene demasiados edificios, en los que viven muchísimas personas, cada una de ellas con uno o más autos, y no parece haber espacio para parques y jardines en donde poder hacer acrobacias. Eso definitivamente viola su derecho a vivir en un ambiente saludable. ¿Quién será el responsable de que ella pueda ejercer ese derecho? Sin duda, se lo preguntaría a los alcaldes en la reunión.

Al llegar a la reunión, los alcaldes todavía no llegaban; aparentemente es su costumbre llegar tarde. A Jimena siempre le ha parecido una falta de respeto hacer esperar a la gente, como si el tiempo de los demás no fuera igualmente importante.

Cuando por fin llegó la jefa de gobierno, los recibió diciéndoles: “mi mayor preocupación es que ustedes puedan ejercer sus derechos en plenitud”.



Jimena no estaba muy convencida de que fuera cierto lo que decía, porque al parecer hay muchos derechos que no se cumplen. La jefa de gobierno no se veía muy preocupada, ni siquiera por haber llegado más de media hora tarde.

La reunión fue bastante aburrida y Jimena pudo pensar en por lo menos 10 cosas diferentes en las que podía haber ocupado mejor su tiempo. Los alcaldes y alcaldesas hablaban sin parar de lo mucho que trabajan y de lo preocupados que estaban por hacer valer los derechos de los niños, y Jimena se preguntaba cómo es posible que, si hay tanta gente trabajando tan duro, haya tantos problemas, como los que vio de camino a la reunión.

Después de varios discursos, muy parecidos entre sí, llegó el momento en que se podía hacer una pregunta. Aparentemente, los alcaldes y alcaldesas estaban muy ocupados velando por los derechos de los niños como para responder todas las preguntas que tenían los asistentes, así que decidieron que únicamente contestarían una pregunta y que después se tomarían unas fotos para los periódicos.

Desde unos días antes, la profesora de Español, la *miss* Alfonsina, había dicho que los alumnos tenían que preparar una pregunta en caso de que fueran seleccionados durante el evento. Jimena había pensado en hacer una de esas preguntas comunes del tipo “¿Desde niña ya sabía que quería ser jefa de gobierno?”, pero después de ver todos los problemas de la ciudad y de pensarlo un poco, creyó que tal vez podría preguntar otra cosa. De repente, todos los ojos estaban puestos en Jimena y le acercaron un micrófono. En ese momento, se dio cuenta de que la habían seleccionado para hacer la

pregunta. Tomó aire y muy segura dijo: "Ustedes nos han dicho que trabajan muy duro para que se cumplan nuestros derechos, pero ¿por qué parece que casi todos nuestros derechos se violan todos los días?, ¿que están haciendo mal?".

La jefa de gobierno no sabía qué contestar, no se esperaba una pregunta como esa. Al parecer, ella estaba acostumbrada a que le aplaudieran por todo. Después de pensarlo un poco dijo: "Me tengo que esforzar más para que tus derechos se cumplan". Lo siguiente que dijo fue: "Bueno, pasemos a tomarnos la foto". Jimena se tomó una foto con la jefa de gobierno. Fue algo muy rápido; después se escabulló entre los periodistas para encontrar a su mamá. Su mamá tenía los ojos más abiertos que de costumbre y le dijo "¿por qué preguntaste eso?" Jimena le contestó que porque había visto muchas injusticias en el camino y que realmente quería saber la respuesta.

Jimena y su mamá regresaron a casa. Jimena estaba un poco cansada, pero tenía mucha tarea que hacer, así que mejor se apuró. En la noche se arrepintió de haber ido a la reunión. Pasó mucho tiempo en el tráfico, perdió su clase de escultura en hielo, se desveló haciendo la tarea y lo peor de todo fue que la jefa de gobierno ni siquiera le contestó su pregunta.





Un día diferente.

María Aide Aguilar Anzures

Yo creí que existía un solo temor, pero hay también temor físico. Tengo sólo tres de los tantos que hay: temor hacia el amor, hacia la muerte y hacia soñar.

Yo, cuando duermo, no pienso; sólo entro al fondo de mi mente y no veo otra cosa mas que negro. Si veo otro color, me despierto con un pellizco o con algo que me pegue en el meñique del pie es suficiente.

Summer, la chica que me gusta, es lo más bello que he visto. Tiene pelo rubio con puntas rosas, como el algodón de azúcar; nunca he hablado con ella, tiene una sonrisa hermosa y extremadamente preciosa e inmensa. Si no fuera por Harry, él nunca la deja en paz, a pesar de que ella lo ha rechazado ya tres veces.

Un día estaba en la tienda comercial donde trabajo. Ahí estaba ella, sola con Any y Katara, sus dos mejores amigas; la vi, me vio y nos reconocimos. Salió mi nombre de su boca suavemente, parecía estar hipnotizada, lo repetía una y otra vez. Cuando me acerqué, movió la cabeza y me pregunto dónde estaban las fresas, fue todo.

Silvia, mi jefa, me llevó a mi casa. Después de entrar, sentí un cosquilleo en el estómago; dormí

como todos los días. A la mañana siguiente comenzarían las clases de mi último año de escuela primaria y dejaría pausado el trabajo de la tienda.

Me levanté muy temprano. Quería tener todo listo, extrañaba mucho a mi papá y mi mamá no salía de su habitación. No quise molestarla, quise que abrazara su almohada como abrazaba a mi papá antes de que él se fuera a trabajar a otro país. Así es: el dinero no alcanzaba, la discapacidad de mi mamá no la dejaba moverse y yo era aún muy pequeño, así que mi papá fue en busca de un destino mejor para trabajar. No pudimos ir con él, pero ya crecí y puedo trabajar.

Mi jefa, Silvia me tiene trabajando a escondidas y me dice:

—Tu mamá y yo no estamos no tan acuerdo con esto, pero qué le podemos hacer.

—No se preocupe, Silvia. Gracias por darme el trabajo, me ayuda mucho.

—Pues es por el momento. Un niño como tú no debe trabajar.

—Pues tengo que ayudar a mis papás. Bueno fuera que hubiera derecho de todos poder trabajar aquí y no lejos de su tierra.

—Pues sí, pero cuando seas grande entenderás todo esto.

Silvia era una muy buena mujer. Tenía una pequeña tienda pequeña de autoservicio en la esquina cercana a la escuela donde estudio. Me decía que había puesto esa tienda porque trabajando como ingeniera no recibe un buen salario sólo por no ser hombre. Se le humedecían los ojos cuando me contaba eso y me decía que soñaba con que alguien que tuviera mas valor que

ella, luchara por exigir un trato equitativo, donde te paguen por tu desempeño y no por ser hombre o mujer.

El primer día de clases fue extraño. Summer no me dirigió ni una sola palabra. Todos estábamos sentados en el salón esperando al maestro, también Any y Harry.

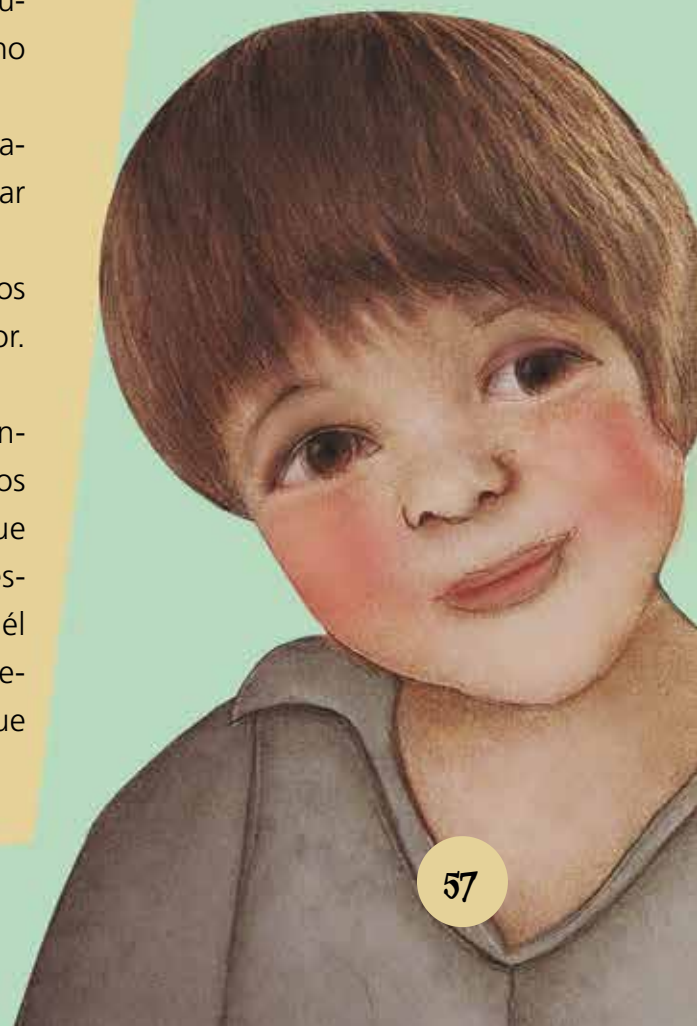
Katana se mudo de colonia. El nuevo profesor llegó: era un tipo descuidado, parecía que venía muy cansado, pero aun así nos sonrió y preguntó a todos cómo habían estado las vacaciones. Todos dijeron que a la playa, que al bosque, y yo dije que trabajando. Debí haber dicho algo feo porque todos se me quedaron viendo raro y sorprendidos el profesor me dijo:

—¿Qué? ¿Cómo que trabajando? Los niños de tu edad y de otras edades no deben trabajar. Tienen derecho a estudiar, tener un hogar, tener cultura, acceso al arte y a que los cuiden y protejan, no derecho a trabajar.

—Pero, profesor. Tengo que ayudar a mis papás. Creo que mi papá no tuvo derecho de trabajar aquí, por eso tuvo que irse a otro país.

El profesor se quedo callado, mis compañeros también, excepto Summer —Sí trabaja, profesor. Yo lo vi en la tiendita de acá afuera.

Me quería esconder. Nunca había sentido tanta pena; nunca me había dado pena nada. Unos chicos comenzaron a reírse, entre ellos Harry, que no sabia hacer nada, siempre jugando y molestando a Summer. Su papá siempre venía por él porque su mamá se la pasaba con sus amigas, según contaba. Presumía todos los videojuegos que le compraban y así.



El profesor calló de inmediato a mis compañeros. Dijo que no estaba bien burlarse. Sonó la campana, todos salieron y el profesor me detuvo:

—Hey, compañero: pierda cuidado. No debe tomarse en serio la burla de sus compañeros. Usted debe sentirse orgulloso de que trabaja a pesar de que no tiene que hacerlo.

—Gracias, profesor. Pero no puedo dejar de trabajar. Hay cosas que pasan en mi casa y... bueno, a lo mejor ya no voy a la secundaria.

—Eso no lo voy a permitir. Sé que apenas me conoces de unas horas, pero te prometo que pondré todo de mi parte para que puedas estudiar.

Pasaron semanas y yo me preocupaba más. El dinero de mis ahorros se terminaba y todavía no llegamos ni a la mitad del año escolar. Mis posibilidades de ir a la secundaria se estaban terminando. Pero un día el profesor llegó muy contento al salón. Me pidió que lo acompañara y me llevó con el director; me dijeron que me apoyarían, que haríamos un evento en la escuela para promover los derechos de los niños y así poder pedir becas para mí y otros alumnos que pasaban por mi situación, que podríamos ir a la secundaria. Estábamos planeando contentos; para mí era una fantástica idea, de pronto se escuchó un ruido —Toc, toc, ¿puedo pasar? Fui al sanitario y no puede evitar escucharlos, yo también quiero participar en la campaña, ¿puedo? —era Summer. Quería hacer equipo conmigo.

Planeamos todo el evento. Sería una feria donde haríamos estaciones por cada uno de los derechos; le tendríamos que explicar a los compañeros y los padres de familia los derechos de los niños y los

derechos de trabajo de las mujeres, e invitaríamos autoridades para poder solicitar becas. Me sentía muy feliz, porque si me daban la beca podría ir a la secundaria, después a la prepa y luego a la universidad, y así podría tener derecho a trabajar en mi país.

¿Recuerdan que les dije que tenía tres tipos de miedo: El temor hacia el amor, el temor a la muerte y el temor a soñar? Pues comencé a soñar. Esta vez vi mas que el color negro, pero no quise despertar. Quise enfrentar mi miedo y soñé que hacia una feria con un profesor que no es el mío; una feria donde pedía que se conocieran nuestros derechos, derecho a ir a la escuela. Soñé, soñé que Summer me ayudaba, soñé que si se puede lograr obtener una beca, soñé algo tan bonito que ya perdí ese miedo y ahora buscare la forma de hacerlo realidad.





Sobreviviendo a una junta de DERECHOS

Isabella Montúfar Godínez

El 30 de abril, a las 9:00 am, yo, Bela Montúfar, fui a una junta sobre los derechos de los niños como invitada, y te puedo decir que fue la mejor aventura de toda mi vida.

Ese día, a las 7:00 am, yo desperté como siempre, pensando que todo era una simple junta de derechos.

Cuando llegamos a la junta, en vez de darnos unos brazaletes típicos de papel como era costumbre, nos dieron unos muy raros. Eran electrónicos, de color negro con puntos rojos.

Estábamos ahí los alcaldes, las alcaldesas y los invitados. No habíamos podido planear nada, todo era un relajo.

—¡Momento! Yo creo que los derechos a la vida, la supervivencia y el desarrollo son unos derechos muy importantes, mientras que el derecho de prioridad se me hace un derecho muy ridículo —dijo un señor con un aspecto muy raro, con un gafete que decía que se llamaba Uriel. Yo le iba a contestar, cuando de pronto, en el cielo apareció un señor volando, vestido de gris con amarillo y nos empezó a lanzar rayos rojos a la cara y ¡puff!, desapareció.

Todo se había hecho un caos. Uriel había desaparecido. Todos estábamos espantados.

—Bueno. Yo creo que todos los derechos son importantes, lo que tendríamos que hacer sería agregar algunos más. De esta manera los niños estarían más protegidos —dijo una alcaldesa de nombre Rebeca.

—¿Cómo? —dijo un invitado de nombre Tomás.

En cuanto dijo esto, salió un chorro de agua, empapando las bolsas de todos. Obviamente todos fuimos corriendo a ver nuestros dispositivos electrónicos, pero cuando los tocamos se empezaron a prender y apagar. Ninguno estaba bien; desde el iWatch de uno de los invitados, hasta una pantalla gigante que se encontraba frente a nosotros. Luego la cara de un señor, con un antifaz y una sonrisa que de alguna manera se veía sospechosa, se empezó a ver en todas las pantallas que había en la sala. De repente, este rostro siniestro comenzó a hablar. —Vaya... vaya... ¿qué tenemos aquí? Los alcaldes,

las alcaldesas y sus amiguitos. Creo que esperaban que esto fuera solo diversión y risas, ¡pues no! —decía en las pantallas.

Las luces se fueron y se podía oír una risa macabra. Nadie entendía nada, las luces se fueron encendiendo poco a poco y, cuando por fin pude ver claramente, me di cuenta de que no estaban todos los alcaldes, ni las alcaldesas, ni todos los invitados. Sólo había un alcalde, que al parecer se llamaba Carlos, y se veía muy alto y delgado, tenía un traje de color negro; una alcaldesa no muy alta, que decía llamarse Mía; y un invitado, también alto y flaco, llamado Bill, que también tenía un traje negro. Ellos parecían confundidos al igual que yo. Dos segundos después se volvió a oír esa risa macabra y empezó de nuevo a hablar.

—Creo que ya se han dado cuenta de sus equipos, ¿no? Bueno, pues se pregun-



taran por qué no ven a las demás personas de la junta y por qué los puse en equipos, pero para que entiendan hasta el más mínimo detalle les contare una historia: hace como tres años yo estaba a punto de conseguir un nuevo trabajo sobre los derechos de los niños. Sólo quedábamos dos personas: yo, que me sabía de principio a fin los derechos de los niños, pero nunca vestía formal, y un señor, que no se sabía ningún derecho, pero siempre vestía formal y tenía muchos contactos. Y adivinen quién se ganó el trabajo. El señor que no sabía nada de los derechos. Entonces me puse a pensar que en el mundo existen miles de personas que tienen que ver o los invitan a formar parte de algo sobre leyes y no saben nada. Pensé que sería buena idea probar mi nuevo invento en esta junta, pues creí que también estaría bien enseñarles un poco de compañerismo.

—En el laberinto van a tener que encontrar la llave del color de su equipo —el señor seguía hablando.

—¿Cuál es el color de mi equipo? —dijo la voz muy grave de un hombre.

Se vio como el señor que veíamos. Hizo una cara como de que tonto.

—En sus pantallas aparecerá el color de su equipo —dijo en la pantalla.

En cuanto terminó de decir la palabra *equipo*, nuestra pantalla se volvió azul y luego se volvió a ver la cara del señor.

—Bueno. Cuando encuentren la llave del color de su equipo tienen que abrir la puerta de ese color, donde encontraran una iPad, en la que escribirán las respuestas a las preguntas que aparecerán en las pantallas. ¿Alguien tiene dudas? —dijo en la pantalla.

—¿Qué pasa si no lo queremos hacer?
—se oyó que dijo Mía.

—Ya lo verán, ya lo verán —dijo el señor de la pantalla.

Se vio cómo el brazalete de Mía se puso totalmente rojo. Ella gritó tan horriblemente que jamás olvidaré ese grito.

—¿Qué le pasara a los que pierdan o tengan muchas preguntas mal? —preguntó Bill.

—No creo que lo quieran saber. Bueno, si nadie tiene más dudas, creo que lo justo es que empecemos —se escuchó en la pantalla.

Las luces se apagaron y luego se oyó un clic de la puerta y se abrió.

—¡Corran a buscar la llave azul! —les dije a mis compañeros.

Todos salimos disparados; había como mil personas buscando su llave cuando vi un destello azul y corrí hacia allá, pero cuando llegue había desaparecido y tuve que seguir buscando; pero justo la tercera vez que vi ese destello.

—Chicos ya tengo nuestra llave en mi mano, ¡vengan! —oí a Carlos gritar.

Corrí, pero no lo encontré. Entonces, justo cuando me había rendido, vi a Carlos con Mía y Bill, y también la puerta azul que estaba frente a ellos.

—¡Vayan abriendo la puerta! —grite yo.

Corrí hacia ella. Cuando entramos, la habitación estaba muy, pero muy oscura, pero en cuanto cerramos la puerta, la pantalla se prendió.



—¿Cuál es el derecho de los niños que habla de que todos los niños tienen los mismos derechos? —apareció como primera pregunta.

—¡Derecho de igualdad! —escribí en mi iPad. Todos me miraron con una cara muy fea, pero no les hice caso.

—¿De qué se trata el derecho de identidad? —fue la siguiente pregunta, pero antes de que pudiera hacer algo, Carlos me tapó la boca y Mía escribió la respuesta.

—No puedes gritar las respuestas —me dijeron. —Nos pueden copiar.

Yo en lo personal pensé que no debían ser tan paranoicos, pero les hice caso. No quería que perdiéramos por mi culpa.

—¿Los niños tienen derecho a expresar su opinión con los adultos? —fue la siguiente pregunta.

—¡Sí! Es el derecho a la participación —escribió Carlos en su iPad.

—¡Felicidades! fueron el primer equipo en acabar —nos apareció en la pantalla en cuanto enviábamos esa respuesta.

Todos pensamos que las preguntas estábamos muy fáciles, pero vimos que los otros equipos no se las sabían y, como el señor había dicho que les iba a ir mal a los que perdieran, a Bill se le ocurrió una idea.

—¿Qué tal si les enviamos papeles con las respuestas? —dijo Bill y todos estuvimos de acuerdo. Cuando les mandamos el papelito, todos salieron, pero el equipo que estaba en la puerta naranja se tardó un segundo más.

—Creo que ya tenemos a nuestros perdedores —dijo el señor de la pantalla.

Pero antes de que pudiera continuar.

—¡Señor! ¿Por qué le hace esto a estas personas inocentes? Ellos no hicieron nada para merecerlo. Si sabemos que alguien no le dio trabajo, pero lo podemos ayudar a estar más presentable y a conseguir trabajo —le grité.

En cuanto dije eso, un rayo regreso a Uriel, que nos dio una tarjeta y se fue. Luego pudimos continuar con la junta.

—Creo que sólo hay que agregar más derechos para los niños para que estén más seguros, como el derecho a poder salir a la calle sin miedo, pues eso ya no lo pueden hacer los niños en estos tiempos —dije yo. Todos estuvieron de acuerdo y ahí terminó la junta.



A mí sí me respetan pero.... ¿Porque a algunos niños no?

Andrea Romero Loyo

A mí ¡claro que me respetan! Pero a veces me pregunto, y me sigo haciendo la misma pregunta, por qué a algunos niños no los respetan. Hay veces en que nada más veo programas de televisión en donde pasan acciones que se cometen aquí en México y sí es muy triste, sabiendo que debemos respetar a los demás.

Yo vivo en la Ciudad de México y he llegado a saber de muchos de estos casos, pero luego me llega la duda de por qué hacen eso. Yo sé que no se puede hacer que todas las personas piensen como yo, pero ojalá que, si al menos la gente se pusiera a razonar y a empezara a cambiar esos corazones de piedra y empezarlos a llenar de poquito a poquito de amor, así la tristeza ya no existiría y sería la felicidad de los demás niños y su alegría sería cada día volviendo a nacer sin ningún dolor.

Quisiera que todo lo malo cambiara a lo bueno, por ejemplo...

La tristeza a la felicidad.

El odio al amor.

La ignorancia al conocimiento.

El *bullying* a los derechos y el respeto.

Hay tantas cosas que hay por cambiar en la Ciudad de México, pero ahora lo más importante es





que cambie todo lo malo. Todos los días que pasan en los que se festeja a niños y niñas, hay algunos a los que sus papás les compran regalos, los llevan a algún lugar o simplemente les hacen una fiesta. Pero muchísimos niños quisieran lo mismo porque a lo mejor no tienen padres, ni techo, o es más, ni siquiera les hacen caso sus papás, si los tienen, mientras que los demás niños desperdician lo que les dan sus padres, sin ponerse a pensar que hay niños en la calle que desearían tener lo que ellos tienen en sus manos.

Una vez estaba caminando en la calle con mi mamá y vimos que había niños en la calle *¡fuman-*
do!, eran como de 7 u 8 años de edad.

¡Es increíble! Porque ante estas situaciones tan graves, los niños esten imitando a los grandes. Pero hay cosas que los grandes hacen ya por dolor, porque en su infancia les pasaron cosas que no deberían pasarle a ningún niño o niña de la calle o de la casa.

Cómo quisiera que México borrara de la lista al *bullying* y que apareciera en el primer lugar: **“Los niños y niñas de México si se respetan”**. La razón de que los niños sean agresivos muchas veces es porque sus padres no les prestan la atención necesaria.

Hablando sobre esto, voy a contar una pequeña pero muy interesante historia, que esto va relacionado con que se respeten los derechos.

Cuento

Había una vez una joven que estaba en silla de ruedas porque desde chiquita tuvo un accidente. Ella tenía algunas opciones para estudiar, pero en una carrera no la aceptaron por su estado físico. Y pues a ella eso no le importaba, porque decía que



sólo porque le digan una vez **no** en lo que quería para su futuro, no le iba a impedir que siguiera adelante. Mientras el tiempo pasaba, ella estudiaba para su primera opción, que era ser pintora, pero cuando la vieron le volvieron a decir lo mismo: que por su estado físico no la iban a considerar como una mujer más en la gran historia de las mujeres que triunfaron.

A ella no le afectó tanto porque tenía otras opciones adelante. Y pues siguió estudiando, pero ahora para otra carrera nueva, la abogacía, ya que quería ser juez. Al término de su carrera, se le presentó una oportunidad para poder defender a los niños y se convirtió en *defensora de los derechos humanos infantiles*. A ella le pareció genial, ya que le gustaba ver sonreír a los niños y ver que respetaran sus derechos, y así logro concluir una etapa más en su vida.

Ella, muy feliz se preparó para su entrevista de trabajo. Pasaron unos días, la contrataron y le dijeron que empezaría al día siguiente. Ella pensaba que todo iba a salir bien el primer día de trabajo, pero todo lo que pensaba no sucedió: cuando llegó a su oficina, en 10 minutos le llegó una niña como de 8 o 9 años, diciendo que sus hermanos la acababan de echar de su propia casa porque le decían que ella tenía la culpa de que sus papás se fueran a trabajar todos los días sin que los vieran. Pero sus hermanos se equivocaban al decir eso, porque como eran cuatro hijos, los papás tenían que trabajar un poco más, porque





si no, no les iba alcanzar para comprar la comida, pero sus papás cuando les daba tiempo y los veían, les decían que a los cuatro los querían muchísimo.

Al escuchar esto, inmediatamente solicitó ayuda de profesionales para que pudieran atender a la niña. Cuando la joven iba para su casa, no podía sacarse la historia ni el rostro de la pequeña; se preguntaba por qué fueron muy crueles sus hermanos al echarla de su casa. Cuando llegó a su hogar, encendió la computadora y se metió a una página de internet, donde cualquier persona podía publicar una situación para que se subiera a cualquier red social y se enterara mucha gente que pudiera ayudar al menos en algo. Al día siguiente, cuando la joven llegó a su trabajo con toda la gente que estaba ahí, le empezaron a decir que contaba con su ayuda.

Al llegar a su escritorio, se puso feliz porque ella decía que si nada la pudo detener en sus estudios para su carrera, nada la iba a detener para ayudar a esa pequeña. Cuando los padres por fin llegaron a la casa, no vieron a su hija y les preguntaron a sus hijos que en dónde estaba. Los niños, como nunca les mintieron a sus padres, pues les dijeron la verdad, de que la habían echado de la casa.

Los padres al escuchar eso, los castigaron y rápidamente empezaron a buscarla: el papá empezó a llamar a la alerta amber para que pusieran sus características y se anunciara en la televisión, mientras que su mamá imprimía miles de copias de carteles para repartirlas y ponerlas en cualquier lado. La joven, al ver la misma cara de la niña, llamó de inmediato al número que aparecía en la pantalla

para decirle a sus papás que ella sabía dónde estaba su hija. Los papás, al escucharla, le pidieron que la trajera de inmediato a la dirección que le dijeron, a su casa.

Cuando llegaron, vieron a la joven en silla de ruedas que traía a su hija sana y salva. La niña, al ver a sus papás, los abrazó fuerte, sollozando y diciendo a la misma vez que sí era su culpa de que ellos trabajaran más. Los papás le dijeron llorando que por qué decía eso y la niña les dijo que porque sus hermanos se lo habían dicho.

Cuando ya era más tarde, la joven ya se tenía que retirar, pero los papás le dijeron que antes de que se fuera le debían su recompensa. La joven, feliz de que estuvieran unidos, les dijo que a ella no le importaban las recompensas, que la única recompensa valiosa era la felicidad de las personas.

Pasaron 10 años. La niña ya tenía 18 o 19 años, sus hermanos ya la aceptaban como el pedazo que encajaba perfectamente en la familia, y sus papás ya les ponían más atención; mientras que la joven seguía reparando las situaciones para que la felicidad durara más y los niños fueran escuchados para aliviar su corazón.

Más injusticias

Otra cosa muy injusta es cuando a los niños que sí tienen padres, pero no hay dinero suficiente, los ponen a trabajar en lugar de mandarlos a estudiar. A lo mejor no en una escuela maravillosa, pero al menos en una donde estudien; no importa si está bien pintadita, arregladita o grande, lo que importa es que puedan aprender y, al menos, llegar a ser niños que persigan sus sueños, sin importar lo que



les diga gente envidiosa con la que no vale la pena discutir.

Una cosa que no se me debe olvidar es la salud. Es uno de los derechos que una persona se debe cuidar. Los niños que no viven en la calle, cuando se enferman, los papás pues los llevan al doctor; pero los que no tienen hogar y se enferman tienen que aguantar los síntomas y muchas veces pueden morir por falta de atención médica.

Otra cosa que me pregunto es que, si a veces el gobierno sabe que hay niños en la calle y sufren de enfermedades o cualquier otra cosa que los dañe, ¿por qué no hacen que rescaten a todos los niños y algunos doctores los revisen y los curen para que no una trágica pérdida? También debe ser justo que, si uno como mexicano que tiene hogar y una salud digna, y a veces cuando se enferma acude al médico, también los niños que no tienen hogares ni una salud digna deberían contar con algún lugar en donde los atiendan.

La Ciudad de México es maravillosa, hermosa y sorprendente, nada más que hay cosas que opacan todos esos cumplidos; por ejemplo:

- **La contaminación:** a pesar de que en otros estados tiran basura, aquí se tira más. Pero no digo en el camión de la basura, me refiero al suelo. Cada día hay mucha basura acumulada y la gente no entiende que se tapan las coladeras. Solamente entienden cuando llueve mucho y el agua no se puede ir a la coladera porque por esta razón se tapan.
- **El *bullying*:** sé que esto no tiene que ver con el ambiente, pero sí tiene que ver mucho en los temas que se han presentado cada día so-

bre los niños, que por una vez en sus vidas no se pueden llevar bien porque se discriminan. Y también siento que los niños ya lo hacen al propósito, porque cuántas veces se ha tratado este tema en las escuelas y es tiempo en que los alumnos no comprenden que todos somos iguales. Porque a fin de cuentas somos personas y solamente nos cambia nuestras identidades y características. Pero de ahí en fuera, eso no les permite que discriminen y se burlen de los demás, sabiendo que ni siquiera viven juntos, para que ya les estén diciendo cosas feas que podrían perforar los sentimientos y al corazón.

A veces, cuando veo de estos casos, me da una rabia que ni hasta yo sé que existe dentro de mí, porque luego pienso que yo soy una súperheroína y llego a donde están esos niños y defiendiendo a la persona que le están haciendo *bullying*. Pero también me desconecto de mis pensamientos porque sé que la vida real está enfrente de mis ojos.

La verdad, yo nunca me he puesto a pensar en cuáles serían las consecuencias si no se respetaran los derechos de los niños, pero sí sé que los afectarían.

Los papás que están dispuestos a tener un hijo para que forme parte de la familia deben saber que, como hijo o hija, no es como tener un peluche, que si se rompe se compra otro nuevo. NO. Deben de estar al pendiente de él o ella porque sí dependen mucho del cariño de una familia. A veces muchas parejas ya no viven juntas, viven separadas y su hija o hijo tiene que vivir unos días con su mamá y otros a su papá, o simplemente se queda con su mamá o con su papá. Y si está feliz, no hay problema, pero si no, y con quien se quedó y no le hace caso,





el niño o niña tendría baja autoestima y tendrían que llevarlo con un psicólogo porque si no se llega a detectar antes, sería demasiado tarde.

Otro cuento

Hablando y reflexionando acerca de este tema se me vino una historia muy pero muy pequeña acerca de una niña llamada Carolina:

En la Ciudad de México vive una niña llamada Carolina, que desde que nació se quedó con su madre porque a su padre no le gustó la idea de que la mamá estuviera embarazada, así es que ella se quedó con su madre. Al paso del tiempo, la niña vive feliz, sin ninguna preocupación. Pero a los 8 años, Carolina le preguntó una vez a su mamá por qué su papá no estaba con ellas. La madre sólo le dijo que porque estaba trabajando en Estados Unidos. Pero a veces le marcaba por teléfono a Carolina, pero una vez ella escuchó que su mamá estaba peleando con su papá por el teléfono y, antes de que colgara, Carolina se fue corriendo a su cuarto porque pensaba que se peleaban por ella. Pero como pasó el tiempo, el papá ya no le hablaba e iba cumpliendo años, se olvidaba que su papá ya no le marcaba, pero cuando cumplió los 10, su mamá le dijo la verdad de su papá: que había hecho otra familia al irse a Estados Unidos. Sí hubo lágrimas de Carolina, pero una vez le dijo a su mamá que si ese hombre no dependía de los demás, no se le iba hacer difícil depender de él mismo y también le dijo que una buena madre comprende a los hijos más que un padre. Y Carolina sigue viviendo feliz a lado de su madre y familiares.

FIN

Yo tengo todos mis derechos bien respetados, al igual que los de mi primaria, *mi patria es primero*, pero ¿por qué otros niños no? Y son los que no han hecho nada malo para que se lo merezcan.

Una de las cualidades hermosas que tienen los niños con síndrome de Down es que son cariñosos y tienen un corazón enorme, pero hay veces en que otros chamacos (y lo digo así porque no se saben comportar y nada más critican) los discriminan nada más porque su forma de hablar y su cara no son normales. ¿Pero a ellos qué les importa si son o no son normales? Nada más lo hacen por creerse superiores, cuando a veces son bien tontos porque ni siquiera los conocen bien. Un niño que tiene síndrome de Down no tiene culpa de haber nacido así, a veces también la tienen los padres, porque pudo ser que no se cuidaron bien de la salud y, al momento de que la madre tuvo a feto, pues desde ahí pudo ser así.

Cambiando de tema, sé que los niños tienen obligaciones, pero un derecho que entra ahí es *el derecho a divertirse*. Sé que debemos hacer nuestras tareas de labor, pero también después de eso tenemos derecho a divertirnos. Sé que a veces no se nos puede llevar a un parque, pero nos podemos divertir jugando con algo en la casa. También los niños no se deben de aprovechar de la economía de sus padres, porque también eso ya sería pasarse de límites y, si no les compran algo y luego lloran, ya serían caprichos. Luego los niños se quejan de que por qué no les compran algo y, si se ponen a pensar del berrinche que hicieron, pues ahí estaría la respuesta de su duda.

A veces uno como niño no tiene las capacidades de comprender a los adultos, porque ellos ya están





más grandes y ya pasaron por la etapa de la niñez y ya saben más cosas. Pero cuando tienen problemas y uno les pregunta, luego contestan enojados y luego los regañan. También se pasan los adultos porque los niños no saben que les pasó y solo quieren ayudar para que estén felices de nuevo.

Si a los niños los educan bien desde chiquitos, su carrera sería espectacular, porque saben que lo bueno se aprende desde casa y se aplica en los estudios. Pero si los educan mal, pues puede llegar a suceder que de grandes se dediquen a robar, a ser narcotraficantes, etc., no sería un buen camino para el futuro, ¡Claro!. También depende de las amistades con las que se junte, porque luego las amistades son los que suelen cambiar sus futuro.

Una frase que me llegó al corazón es: *Desde que nacemos, venimos a cumplir una misión que es importante para nuestro corazón.*

Cada derecho es una misión que debemos respetar en cada uno porque nuestras libertades terminan en donde empiezan los derechos de los demás. Para una persona, lo importante es que se le respeten los derechos.

El día que veamos que a un niño no se le respetan los derechos, hay que hablar con él y no dejar que sigan haciéndole daño (tampoco digo que hay que meternos en la pelea porque también podemos salir lesionados o igual que la víctima). Y si se trata de niños, pues uno como adulto (en este caso los maestros o la directora) tiene la obligación de ayudarlos a que comprendan y a que se respeten, porque yo no le encuentro la casualidad de que no respeten los derechos de los niños, porque somos personas y, a fin de cuentas, los que no respetan ganan una sanción.

Solo quiero aclarar una cosa, que el tiempo se termina y no hay nada que pueda hacer que arregle el pasado: si tenemos un corazón que está lleno de amor, aunque a veces sea de piedra, el amor es más fuerte y rompe la piedra, para que con ese amor intenso respetemos, valoremos, amemos, escuchemos y ayudemos a los demás.

Y se preguntarán: ¿y esto qué tiene que ver con los niños? Pues lo que pasa es que si el presidente no llega a hacer buenas cosas por el país, podría afectar los derechos de los niños y no tendrían una vida feliz. Yo por eso pido que a quien le toque ser nuestro presidente que nos gobierne sin engaños y con una justicia buena, porque ya toda la gente está harta de las mentiras que nos dicen los candidatos.

Uno como niño todavía no puede ir a votar, pero sí puede a través de sus padres, porque ellos sí pueden votar. Nosotros queremos un presidente que nos respete y nos ayude y no que nos dé la espalda.

Nosotros no sabemos mucho de política pero si sabemos cuáles son las cosas buenas y cuales las malas. Me gustaría dar un mensaje que se pudiera dar a conocer a muchas personas, para que antes de cometer un error con los derechos y las libertades de los niños piensen, razonen y conozcan las cosas buenas que hay que hacer para no dejar huella tanto en ellos como en los niños:

Si nos quieren, demuéstrenlo en formas positivas que con el paso del tiempo nos van a ayudar a comprender muchas cosas y apoyar a los demás. Porque una cadena fuerte y en buen estado jamás se romperá, ni siquiera con una persona que sea mala y egoísta, porque nuestro corazón va a fortalecer esa cade-



na tan preciada que hemos construido con la educación.

Con mucha sinceridad quiero decir una cosa: si el mexicano tanto dice que respeta los derechos de los niños y niñas y que jamás haría ningún daño, ¿por qué no lo demuestra de verdad? Porque hay veces que dicen eso para quedar bien con los demás o con las autoridades. Pero debería de demostrarlo, a ver si sí es cierto lo que dicen y también la policía debe de poner una multa *súper alta* a todos aquéllos que no los respetan. ¡AHHHH! Pero eso sí, no la ponen porque no les conviene a algunos políticos, porque a ellos se les hace fácil que los arresten, pero después de unos días los sacan y eso es muy injusto.

Nosotros como niños, ¿somos importantes? Claro que sí, porque desde que tenemos los derechos, y no lo digo solamente por los niños, sino por todos, somos importantes y eso nos convierte en personas únicas, especiales y maravillosas, sólo que cada quién por su lado. No importa si somos de otro color, otra nación y otro género. Eso no importa; lo que importa es que somos personas y tenemos los derechos y las obligaciones que se han conquistado.

Por ejemplo, Estados Unidos podrá ser el país (o uno de tantos) que sea uno de los lugares que sean más ordenados. Pero uno de los primeros en que se concentra mucho el racismo, porque la gente de piel clara se cree superior a la gente de color negro. Pero eso es porque antes se los de la piel negra trabajaban como sirvientes o tenían un puesto muy bajo en la economía, mientras que los otros los maltrataban. Y no debe de ser así, porque ¿qué

tal si fuera al revés?, ¿cómo se sentirían los otros? Pero ninguno de los dos tipos de piel deben ser así. Al contrario, deben convivir.

Hay niños que son del color negro y en la escuela nadie los quiere, pero ellos no tienen la culpa, ni su familia ni nadie en el mundo. Pero no me salgo de tema. Así con los niños de México: a los que tienen enfermedades o tienen vitíligo no hay porque discriminarlos.

¡A ver! ¿Es tan difícil entender el tema de no discriminar? O ¿Por qué no entienden? Al menos no se les puede meter en su cabeza que es malo discriminar.

Yo todavía no entiendo por qué siguen haciendo eso, pues ¿qué no piensan, o qué? Porque también estoy harta de que los niños y adultos discriminen.

Si hubiera un hada mágica que concediera cuatro deseos para todo el mundo, pero sólo tuviera que decirlos una persona, y si esa persona fuera yo, lo primero que pediría sería que no hubiera discriminación en todas las personas, el otro sería que convivieran todos juntos, el tercero sería que no hubiera guerras y el cuarto sería que no existieran los desastres naturales. Bueno, pero eso ya es mucha imaginación. Si yo quiero un *méxico lindo y puro*, daré todo lo que sea para sacar adelante tanto niños como adultos. De verdad, lo digo en serio.

Por eso quiero ser presidenta de todo el país: para defender a mi gente y sacarla adelante. Si llegara a ganar, lo primero que haría sería terminar con la violencia y con la inseguridad, para que sobre todo los niños tengan una vida hermosa y fuera de cualquier peligro, porque aunque no seré una súperheroína, seré una gran presidenta.

Pero ahorita lo que les debe de preocupar a los futuros presidentes son los derechos de los niños, ya que si en verdad les importan, deben de preocuparse por nosotros, porque un niño o niña es lo que un familiar debe de cuidar, porque él o ella una vez pasó por ser niño y lo cuidaron, ahora es el turno de la siguiente parte de la familia.

Y por último me gustaría decir que los derechos de los niños son valiosos. También los de un adulto, pero son más importantes de ellos, porque apenas van comenzando una etapa de una vida. Pero si quieren llegar lejos, primero un adulto de confianza los debe de proteger y respetar porque todos van, están o pasan una etapa de la niñez. Así que yo no le veo el chiste a que discriminen o violen los derechos de los niños. Porque tú fuiste niño, así que, cuando hagas algo malo, vas a saber que ese niño eras tú, y tú mismo te hiciste daño. Así es que *piénsalo muy bien* porque tú podrías acabar con un castigo inolvidable que te dañará el resto de tu vida.



Cuentos de niñas y niños para niños y niñas. Cuentos ganadores del 12° Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el xx de xxxx de 2018 en xxxxxxxx xxxxxxxx xxxxxxxx xxxxxxxx xxxxxxxx. El tiro consta de xxxx ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 250 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Professor Minty y Frutiger.



Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral de la Ciudad de México desde el 21 de mayo de 2019.

Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,
Tlalpan, c. p. 14386, Ciudad de México
Teléfono: 54 83 38 00